LOS CORTES EN LA PIEL Y SUS SENTIDOS EN ADOLESCENTES

SANTIAGO ARLEX HIGUITA USUGA

PSICÓLOGO

DIRECTORA:

MARÍA DEL PILAR RESTREPO RESTREPO

PSICÓLOGA - MAGISTER EN LITERATURA COLOMBIANA

MONOGRAFÍA PARA OPTAR AL TÍTULO DE:

ESPECIALISTA EN PROBLEMAS DE LA INFANCIA Y DE LA ADOLESCENCIA

UNIVERSIDAD DE ANTIOQUIA

FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES Y HUMANAS

DEPARTAMENTO DE PSICOANÁLISIS

MEDELLÍN

2018

Contenido

Introducción.....3

1. Adolescencia: proceso de transición.....8

2. Cuerpo y organismo, una mirada psicoanalítica 22

3. Los cortes en la piel y sus sentidos.....32

3.1. Recurso al acto 35

3.2. El vínculo social 38

3.3. Un acto heroico 43

4. Conclusiones 46

Bibliografía 49

Introducción

En los últimos años, la comunidad clínica ha reportado un aumento de casos de adolescentes que se infligen cortes en la piel, esta práctica es conocida popularmente como *cutting* y las zonas que suelen ser laceradas con mayor frecuencia son los brazos, las piernas y el abdomen. Sin embargo, resulta necesario demarcar esta actuación conflictiva, porque puede confundirse con síntomas propios de algunas patologías como en las crisis depresivas o delirios psicóticos, lo cual genera confusión al momento de abordar este problema.

De acuerdo con A. Balbuena et al. (2015), esta práctica posee un lugar en el DSM V, donde se clasifica como: *autolesión sin intención suicida* (*nonsuicidal self-injury,* NSSI por sus siglas en inglés), la cual se encuentra en la categoría de *afecciones que necesitan más estudios* y se describe de la siguiente manera:

> […] conducta por medio de la que el individuo se inflige intencionadamente lesiones en la superficie corporal del tipo que suelen producir sangrado, hematoma o dolor, con la expectativa de que la lesión sólo conllevará un daño físico leve o moderado. Además, ésta debe realizarse con expectativas de aliviar un sentimiento o estado cognitivo negativo, o para resolver una dificultad interpersonal, o para inducir un estado de sentimientos positivos (p. 52).

M. Igor et al. (2013), utilizan otros términos para referirse a estos cortes, por mencionar algunos *self destructive behaviors*, *autoinjurious behaviors* y *conductas autolesivas deliberadas* (en inglés *deliberate self harm behaviors*), y argumentan que estos "[…] no constituyen una patología en sí mismas, sino que son un síndrome posible de ser encontrado en diversas

patologías psiquiátricas […] destinadas a producirse daño físico directo en el cuerpo, sin la intención de provocar la muerte" (p. 39). Por consiguiente, se observa que hay autores que le dan una connotación patológica a este síntoma, incluso, está clasificado como un criterio diagnóstico.

Otros autores como Maura Manca (2011), implementan el concepto de autolesión deliberada *(Deliberate Self-Harm - DSH),* la cual describió como aquella que "origina un daño o una herida al propio cuerpo o a partes del mismo y se caracteriza por intencionalidad, reiteración y falta de intención suicida" (p. 79); de allí que estos cortes no se consideren intentos suicidas o síntomas asociados a delirios psicóticos, retraso mental o autismo, en razón de que los sujetos que padecen estas patologías son propensos a autolesionarse.

En los adolescentes estas autolesiones no son accidentales, porque ellos conscientemente deciden cortarse, eligen la parte del cuerpo que desean lastimar, pueden hacerlo una o varias veces y, en la mayoría de casos, las heridas suelen ser leves o moderadas, dado que sólo comprometen la epidermis.

Para M. Manca (2011), estos cortes se caracterizan por la "[…] falta de control del impulso, por aumento de la tensión y por una sensación de alivio sucesiva a la puesta en acto de la autoagresión" (p. 79); es decir, que los adolescentes no contemplan más alternativas que descargar la tensión mediante dichos cortes, para liberar el sufrimiento y llegar a un estado de homeostasis, el cual nunca se logra porque es un anhelo que está en el registro de lo imaginario, de la fantasía, en el estatuto de lo imposible.

Se determina entonces que el objeto de estudio de la presente monografía son los cortes que excluyen: intención suicida, tradiciones culturales, retraso cognitivo, autismo o episodios psicóticos; sólo se abordarán aquellos que les permite a los individuos contrarrestar el dolor emocional con el dolor físico, son intencionales, pueden ser episódicos o reiterativos y ocurren durante la adolescencia.

En efecto, no se abordarán estos cortes como un rasgo patológico o práctica que puede indicar la presencia o futuras afecciones de trastornos mentales, pues ese no será el objetivo del presente trabajo; además, porque el criterio diagnóstico, silencia la historia que precede al corte, se centra en lo fenomenológico y no facilita que se escuche el discurso que los adolescentes encarnan en el cuerpo, por lo cual surgió de allí la siguiente pregunta que rigió el presente trabajo de monografía: ¿cuáles son los sentidos de los cortes en la piel en adolescentes?

Dado que esta práctica se relaciona en la mayoría de casos con la adolescencia, fue necesario trabajarla en el primer capítulo, *La adolescencia: proceso de transición*, en el cual se esboza a grandes rasgos por qué no se puede hablar de adolescencia sin remitirse directamente a la infancia, puesto que de todos los conflictos que fueron resueltos o no durante este momento, deviene el adolescente, quien reedita los contenidos psíquicos de la infancia, asunto que nos llevó a pensar que la adolescencia no es una etapa sino un proceso de transición que tiene una continuidad.

En el segundo capítulo, denominado *Cuerpo y organismo, una mirada psicoanalítica*, se aclara la diferencia entre estos dos conceptos, donde se dio más relevancia al primero, puesto que éste habla de la particularidad del sujeto, por lo cual tiene una connotación subjetiva; aunque queda claro que cuerpo y organismo no son lo mismo, no están desarticulados, debido a que existe una interdependencia entre estos, de hecho, no existe cuerpo sin organismo. En consecuencia, se realiza un breve recorrido de cómo el organismo pasa a ser investido y deja huellas en el registro psíquico, lo que posteriormente se va articulando en un lenguaje que construye el cuerpo.

Luego, de este recorrido, nos ocupamos de los cortes como tal en el tercer capítulo, *Los cortes en la piel y sus sentidos*, en el cual se establece que el corte en la piel no es el problema principal del adolescente, porque es la proyección de un conflicto interno que toca con asuntos subjetivos relacionados con su historia, su estructura psíquica y los procesos de contracatexis que orientan hacia la mismidad del yo.

Se desprenden de este capítulo tres subcapítulos que son: *recurso al acto*, *vínculo social* y *un acto heroico.* En el primero se explica el por qué la finalidad de esta actuación no es pretender la muerte sino retarla, además, se aclara como el cuerpo es el medio por el cual el adolescente puede poner en el afuera todos sus contenidos internos, porque en tanto está construido en el orden de lo simbólico, todas las actuaciones tienen una representación psíquica que hablan de la subjetividad del sujeto y que van dirigidas hacia un otro.

En el segundo subcapítulo se explica cómo los cortes permiten al adolescente establecer vínculo con sus pares, dado que hay una estrecha relación entre el dolor y el otro, que proviene del pasado del sujeto, es decir, que utiliza su matriz relacional para poner en el otro aquello que sus padres no pudieron proveer, la completud y la unidad. El llamado no se hace a sus semejantes sino a las figuras primarias.

En el tercer subcapítulo, se aborda la disputa que tiene el adolescente con los objetos primarios interiorizados y representados inconscientemente en el cuerpo, los cuales intenta exorcizar mediante los cortes para ejercer control, autoproclamarse victorioso y omnipotente.

Finalmente, en las conclusiones se abordan las ideales generales de la monografía que aclaran porque un corte en la piel tiene un sentido para cada adolescente y es un asunto que no se debe observar desde un punto de vista general y fenomenológico; por lo cual, se invita a continuar indagando sobre dicha actuación, puesto que el presente trabajo propone hacer un breve acercamiento a la constitución psíquica del adolescente que precede al corte y sus sentidos subjetivos.

1. Adolescencia: proceso de transición

La adolescencia es un momento crucial del ser humano, que los individuos tienen que asumir para afrontar una vida adulta; sobrellevar este momento con éxito o con dificultad, depende de cómo el sujeto hace uso de sus recursos yoicos para resolver sus conflictos internos y responder a las demandas del mundo externo.

Piera Aulagnier (1991), considera la adolescencia como un *tiempo de transición,* en el cual el yo no puede desligarse de su pasado, es decir, de su *fondo de memoria,* en éste se conservan representaciones psíquicas de la infancia que se articulan a las nuevas experiencias y determinan el devenir interno y externo del adolescente, o sea, que a pesar de los cambios que experimenta el yo, siempre habrá algo inmodificable en su estructura que le permitirá al adolescente no afectar su *mismidad* o *sentimiento yoico*. Sigmund Freud (1930/1981), argumenta que la mismidad "[…] se nos presenta como algo independiente, unitario, bien demarcado frente a todo lo demás […] hacia el exterior, el *yo* parece mantener límites claros y precisos" (p. 318); por consiguiente, el yo establece una relación abierta con el fondo de memoria, con su propia historia y tiene el trabajo de resignificarla a medida que vaya vivenciando nuevas experiencias, de tal forma que logre reconocerse a pesar de los cambios y no confundirse con los objetos externos de la realidad.

Cabe aclarar, que el fondo de memoria no se equipara con recordar o reproducir en el pensamiento experiencias vividas, sino que está más del lado de lo inconsciente, porque son las

representaciones primarias, es decir, las marcas o huellas originarias del registro psíquico del sujeto en las cuales se van tejiendo el resto de representaciones. Para Aulagniere (1991), el fondo de memoria, mediante los procesos de: *elaboración*, *transformación* y *represión*, hacen del sujeto "[…] ser el que es y aquel en el que deviene" (p. 443). La elaboración es un proceso de inclusión de una representación en el ámbito asociativo, donde se relaciona una representación con otra, para construir una cadena asociativa que da origen a un discurso que cobra sentido para el sujeto.

La transformación es un proceso que permite al sujeto retomar el pasado a su favor, en contra de sí mismo o del otro, y resignifica el relato de su vida de acuerdo con las experiencias del presente; la transformación es la base de la mismidad y de la autonomía del sujeto, quien tiene que reacomodar y demarcar su yo en el exterior.

La represión es el proceso por el cual, al parecer, se "borran" del fondo de memoria algunas representaciones que generan displacer al sujeto, no obstante, siempre quedarán huellas de éstas porque en el inconsciente nada se borra, no es posible suprimir sus contenidos. De hecho, el afecto no queda ligado a la representación reprimida, por lo cual requiere de otras representaciones para iniciar otra cadena asociativa. El resultado de estos procesos, predispone el ser y las actuaciones del adolescente, por consiguiente, todo lo que éste actúa en el afuera tiene que ver con su pasado, es decir, con su infancia.

De acuerdo con Freud (1914/1981), es en la infancia donde se instaura un estado de fragilidad subjetiva que deviene de la ruptura del vínculo simbiótico entre el niño y la madre; en

un principio, el niño imagina un estado de unidad y completud, pero cuando se rompe la simbiosis, se genera la fragmentación y la falta estructural en el sujeto, quien queda con una lesión concominante y la predisposición frágil de la estructura psíquica que lo acompañará por el resto de su vida.

Esta fragilidad conlleva al niño a idealizar a sus padres, que en principio funcionan como soportes para afrontar la adversidad, posteriormente, estas figuras primarias son desidealizadas en la transición adolescente, lo que implica un trabajo de desplazamiento objetal para acceder a otros procesos identificatorios y relacionales que permitirán al adolescente consolidar su identidad mediante sus pares y modelos culturales. De acuerdo con Aulagnier (1986/1991), para ello tiene que tomar como referencia su *matriz relacional,* porque ésta es la "depositaria y garante de la singularidad del deseo del Yo y que se manifestará en esta "marca", este "sello" que se volverá a encontrar en sus elecciones relaciones" (p. 449), es decir que, con base en la relación que se estableció con las figuras primarias, el sujeto continuará estableciendo relaciones con los demás objetos, con el fin de usarlos como soportes en la adolescencia, lo que implica realizar nuevas investiduras objetales.

Los procesos de investidura tienen sus comienzos desde los inicios vitales del ser humano, Aulagnier (1986/1991) argumenta que el infante en un principio es investido por la madre, quien en su momento funciona como un *yo auxiliar* debido a que el niño todavía no tiene definido su yo, en razón de que no ha logrado diferenciarse a sí mismo de los objetos externos. Para Freud (1911/1981), el niño en estos inicios vitales está regido por el *principio de placer*, esto implica

que aún no reconoce el mundo exterior porque sólo está en relación consigo mismo; el placer lo obtiene mediante su cuerpo sensorial, es decir, que todas las energías psíquicas se vierten en el yo. Freud (1914/1981) enunció que "[…] con respecto a la diferenciación de las energías psíquicas, concluimos que en un principio se encuentran estrechamente unidas, […] sólo la carga de objetos hace posible distinguir una energía sexual, la libido, de una energía de los instintos[1] del *yo"* (p. 2019), por ello, como el niño no diferencia los objetos externos, el único proveedor de placer es el propio cuerpo, el cual en este momento es autoerógeno.

Para Freud (1914) este estado es el *narcisismo primario,* y refiere que el sujeto en este momento no reconoce la existencia de los objetos externos porque las pulsiones sexuales sólo invisten al yo, se da el autoenamoramiento e imaginariamente el niño tiene una sensación de completud (no hay fragmentación) y unidad (es uno con el objeto totalizador el cual es el seno). Las sensaciones agradables pasan a ser representadas en el registro psíquico del niño, en consecuencia, deja huellas mnémicas en el organismo que posteriormente construyen el cuerpo.

Estos descubrimientos, le permitieron a Freud (1911/1981) determinar que, el sujeto sometido al principio de placer, es gobernado por pulsiones sexuales que se destinan a la consecución de sensaciones placenteras. Por ende, el niño evita y rechaza toda sensación de displacer, las expulsa mediante una descarga que le permite obtener satisfacción y llegar a la

[1] La palabra *trieb* de origen alemán, Freud la utilizó para referirse a la pulsión, sin embargo, no tiene traducción directa al español, por lo cual Ballesteros utilizó el término de *instinto,* siendo el concepto que más se acerca a lo que Freud designaba en su lengua natal. Fue Echeverri quien introdujo el concepto de *pulsión* a la traducción al español de Amorrortu, la cual está basada en la versión en inglés de las Obras Completas de Sigmund Freud.

homeostasis. El displacer se genera entonces cuando los estados de tensión se van acumulando y el sujeto no logra realizar la descarga necesaria que lo satisfaga.

Sin embargo, dado que los tiempos de la madre y del niño no son iguales, debido a que éste desea el seno, pero como la madre en ocasiones no está o le niega el placer, el niño entra en estado de frustración por haber sido privado de la sensación placentera que genera el contacto con el seno materno.

> En estos casos, lo pensado (lo deseado) quedaba simplemente representado en una alucinación […] La decepción ante la ausencia de la satisfacción esperada motivó luego el abandono de esta tentativa de satisfacción por medio de alucinaciones, y para sustituirla tuvo que decidirse el aparato psíquico a representar las circunstancias reales del mundo exterior y tender a su modificación real. Con ello quedó introducido un nuevo principio de la actividad psíquica. No se representaba ya lo agradable, sino lo real, aunque fuese desagradable. Esta introducción del *principio de la realidad* trajo consigo consecuencias importantísimas (Freud, S. 1911/1981, p. 1639)

El seno materno pasa a ser el objeto perdido, es decir, se convierte en el deseo del niño quien anhela poseerlo de nuevo. La representación alucinatoria es sucedánea de la presencia del seno como dador de placer totalitario, cumple entonces con los imaginarios y con el sentir frente al objeto perdido, pero no cumple con el placer totalitario en lo real porque no genera satisfacción, no es permanente y no logra la recuperación del objeto perdido.

El niño construye entonces otro recurso para conservar dicho objeto, lo representa de acuerdo con las dinámicas de la realidad, por ejemplo: el chupón, la cobija, el peluche, el dedo, el tetero, entre otros. Ahora, el yo establece una relación con los objetos y, de acuerdo con Freud

(1914/1981), esto se debe a que una parte de la libido del yo que catectiza los objetos del mundo externo se convierte en libido objetal. Es decir, en el imaginario del niño los objetos son los que pueden proporcionar el placer, a través de estos se obtiene la satisfacción, pero cabe aclarar que estos no cumplen con la función totalizadora porque no logran reemplazar el seno materno. Por ende, la realidad le hace entender al niño que no hay seno, nada es igual a éste, por más representaciones nuevas que haga en lo real no resultarán tan agradables como el seno dador de placer totalitario; de esta forma, el niño construye la noción de realidad y de objeto externo.

Ante estas exigencias de la realidad, el yo debe desarrollar cualidades adaptativas, que para Freud (1911/1981) son: la *atención*, la *memoria*, el *discernimiento*, la *descarga motora* y el *pensamiento*, que le permiten al niño: percibir el mundo exterior, buscar la satisfacción ante una necesidad emergente por medio de la atención, recolectar los resultados obtenidos en la memoria, tener un juicio sobre la realidad reconociendo lo que percibe como verdadero o falso a través del discernimiento, ejecutar una acción por efecto de la descarga motora, soportar la tensión y postergar la descarga mediante el pensamiento. De esta forma, el yo puede establecer relaciones con los objetos de la realidad y adaptarse a las condiciones de ésta, entre las cuales se encuentran las condiciones impuestas por el otro.

En resumen, se puede considerar brevemente que la confrontación entre el principio de realidad y el principio de placer, tiene tres momentos tópicos: el primero es cuando el niño intenta conservar el placer y la realidad se impone como algo ajeno que amenaza dicho placer, en este sentido, el conflicto se exterioriza. En el segundo, el prepúber introyecta la realidad, lo cual genera que la confrontación sea interna. En el tercero, la confrontación es con la realidad de los

otros, dado a que el púber ataca a los dueños de la realidad (figuras paternas e instituciones) para imponer la suya.

Para Freud (1911/1981), mediante el principio de realidad aparecen las pulsiones del yo o de conservación las cuales se separan de las pulsiones sexuales, estableciéndose así "[…] una relación más estrecha entre el instinto sexual y la fantasía, por un lado, y los instintos del *yo* y las actividades de la consciencia, por otro" (p. 1640). Esto se da porque las figuras primarias no aceptan y regulan las pulsiones sexuales del niño, quien debe reprimir todo aquello que en un inicio era tolerable para sí, pero que ahora es rechazado por el otro, y de esta manera continuará relacionándose consecutivamente con los educadores y demás participes de su proceso formativo; no obstante, el sujeto puede acceder a su deseo mediante la fantasía que logra escapar a la represión.

De allí que "[…] la influencia crítica ejercida, de viva voz, por los padres, a los cuales se agrega luego los educadores, los profesores y, por último, toda la multitud innumerable de las personas del medio social correspondiente […]" (Freud, 1911/1981, pp. 2929-2030), le permite al niño constituir su yo ideal. Estos discursos que provienen de otros, para el niño se convierten en ideales de perfección, es decir, si éste es como los otros quieren que sea, se genera en él un ideal de omnipotencia y asegura el amor de los padres. Por lo tanto, el yo ideal regula la pulsión mediante la obtención de un placer más seguro y aceptable por el otro, con el fin de adaptarse a la realidad, lo cual conlleva que el sujeto renuncie a retornar al narcisismo primario para constituir su yo.

El niño se propone enamorar a las figuras primarias, porque éstas tienen el poder de devolver lo que se ha perdido y reparar la fragmentación y la incompletud, resultado de la ruptura de la simbiosis; para lo cual invierte grandes cargas libidinales, de manera que el yo queda desinvestido libidinalmente y en espera de gratificación. En este sentido, Freud (1914/1981) expresa que cuando se ama se pierde parte del narcisismo, pero el sujeto espera recuperarlo en la medida que el otro lo ame, es decir, que pueda retornar cargas libidinales al yo, en consecuencia, la relación que se establece con el objeto es narcisista; sin embargo, el amor que proviene del otro tiene condiciones y no garantiza retribuir lo que el sujeto espera.

No obstante, el principio de realidad no agota el principio de placer, porque el niño tiende a regresar al estado de narcisismo primario, de autoerotismo, donde la satisfacción era inmediata y totalizadora. Pero, para el niño esto resulta imposible, puesto que ya hay objetos y una realidad que restringe e impone condiciones. Los objetos reales sucedáneos al objeto perdido en su función totalizante, tienen la posibilidad de ser desagradables, de esta manera, para el niño la realidad se convierte en torturadora, tirana, no está en pro de su satisfacción y todo esto se puede sintomatizar en el cuerpo, de manera mucho más conflictiva en la adolescencia, donde el cuerpo es el mediador entre el mundo interno y el mundo externo y, por esta razón, el yo no tiene otra opción que acomodarse a las condiciones de la realidad.

Blos (1981) añade que el logro de la infancia temprana y del periodo de latencia o prepubertad se resumen en la dominación del *cuerpo* y del *medio ambiente*, respectivamente,

estos le facilitan al prepúber estabilizarse conforme a las condiciones internas y externas. Es en este tiempo de latencia donde, según Freud (1911/1981), la *sublimación* es el mecanismo defensivo que le permite al prepúber cumplir con las exigencias del yo ideal, de manera que la parte oscura del sujeto queda cubierta por el manto de la sublimación y es aceptada por la cultura. Mediante dicha sublimación sólo la finalidad sexual es reprimida puesto que el deseo y los impulsos son disfrazados.

Durante el periodo de la latencia el prepúber aplaza la consecución del placer inmediato y tolera la tensión, porque si se deja llevar por la pulsión, puede ser conducido por caminos inciertos; de ahí que la educación, los deportes y el arte, por ejemplo, son posibles vías sin fines sexuales, que permiten obtener un placer más seguro y no ponen en peligro el amor de los padres.

Otra característica del prepúber es que reedita el *pensamiento mágico infantil*[2] sustituyéndolo por los objetos de poder, los cuales le otorgan la omnipotencia que protege y salvaguarda de la impotencia y la fragilidad. Estos objetos poseen todo lo que le hace falta, no tienen características sexuales y cuando no están, no tiene otra opción que devolverse al pensamiento mágico infantil.

Para Blos (1981), el yo durante la prepubertad se encuentra, aparentemente, en un tiempo de calma, empero, no está preparado para contener los impulsos que trae consigo el desarrollo de

[2] S. Freud (1914/1981) habla de este concepto en *Introducción al narcisismo* y refiere que es el pensamiento que el niño construye para protegerse de su condición frágil e impotente, resultados de la ruptura de la simbiosis; el niño cree que todo lo que piensa e imagina se puede convertir en realidad dado su estado de megalomanía.

la pubertad, debido a que debe reestructurar su psiquismo frente a los procesos de maduración para salvaguardar su funcionamiento mental. Por este motivo, el yo pasa por un periodo de *dislocación* en el cual pierde su capacidad para mediar: los *impulsos del ello*, debido a que el organismo y las pulsiones están al servicio de las metas sexuales; el *mundo exterior*, en razón del aumento de las demandas adaptativas; y el *superyó*, tirano o bondadoso, como consciencia moral ligada al otro.

La pubertad trae consigo la irrupción violenta de la pulsión, generada por el desarrollo hormonal, la función reproductiva y la presencia de los órganos genitales, que evidencian e incrementan la excitación que trae consigo la tensión sexual; por consiguiente, el púber tiene que cargar con un organismo que está en función de la reproducción. Según Freud (1905/1981), estos cambios le anuncian al púber el anhelo de obtener un placer totalizante; durante la infancia el placer sexual no tenía representación dada la condición autoerógena del niño, en cambio, el púber tiene una representación del placer sexual ligada a la consciencia de sus genitales, que son los primeros que le anuncian la existencia real de la pulsión sexual a través de la exitación.

Igualmente el púber, puede obtener el placer mediante otros objetos diferentes a sus padres, debido a la prohibición del incesto generada por la interdicción del padre, por tanto, hay una meta sexual que debe distanciarse de las figuras parentales. Freud (1909/1981) refiere que una de las consecuencias más necesarias, pero también de las más dolorosas del individuo es "[…] liberarse de la autoridad de sus padres […]" (p. 1361), en este orden de ideas, el púber deberá retirar las catexias puestas en los padres, mediante el artilugio de la desidealización, para

poner dichas cargas en otros objetos que ha investido como portadores de mejores atributos que los que tienen los padres actuales.

Blos (1981) señala que la hostilidad del adolescente hacia los padres actuales, no necesariamente es real, dado que éste confunde las representaciones buenas o malas de los padres de la infancia y los proyecta hacia los actuales. Por ende, las nuevas representaciones de objeto que son introyectadas en el yo, cumplen la función de neutralizar las representaciones malas de los objetos primarios, de cierta forma, es un medio por el cual se logra sostener el equilibrio psíquico del adolescente.

No obstante, lo que se deposita en los sucedáneos es la añoranza de los padres de la infancia "[…] cuando su padre le parecía el más noble y fuerte de los hombres, y su madre la más amorosa y bella mujer" (Freud, 1909/1981, p. 1363). Así pues, el hallazgo de objeto apuntala la descatectización de las figuras primarias y el establecimiento de una relación narcisista, puesto que el púber busca en el otro lo que perdió tiempo atrás, es decir, la investidura que pone en el otro es lo que le hace falta o quiere para sí.

En este sentido el púber construye vínculos sociales con sus pares debido a que estos prometen taponar, reparar y ocultar la falta estructural del sujeto y resolver el duelo por la pérdida de las figuras primarias cuya omnipotencia es puesta en duda por el púber. Françoise Dolto (1990) señala que lo que caracteriza al adolescente es la salida de su grupo familiar para relacionarse con otros grupos, que a su vez cumplirán una función de *sostén* extrafamiliar. En

este sentido el deseo del adolescente procede a ser sometido a la mirada de sus pares, quienes lo pueden cuestionar, aceptar, intervenir o aniquilar.

En concordancia con lo anterior, Arminda Aberastury (1970) argumenta que la adolescencia se distingue por ser un momento de "[…] contradicciones, confuso, ambivalente, doloroso, caracterizado por fricciones con el medio familiar y social" (p. 16), en razón de los duelos ocasionados por la pérdida de los padres, el cuerpo y el mundo de la infancia. Y es que este proceso no resulta del todo sencillo, toda vez que retirar las catexias de los objetos infantiles de amor implica un trabajo difícil para el adolescente, según Blos (1981) se gasta mucha energía en este proceso, por lo cual el yo queda con poca carga libidinal para realizar nuevos desplazamientos objetales y, frente a ese vacío de catexis, el adolescente corre el riesgo de volver a catectizar las figuras primarias, por lo tanto, se debate internamente entre el *impulso regresivo* que obedece al temor de dejar de ser niño, y el *impulso progresivo* que lo empuja a ingresar a la adolescencia (Blos, 1981). En el primero encuentra amor, protección y complacencia de los padres, mientras que en el segundo, deberá desprenderse de los objetos de amor primarios para constituir su individuación, esto implica renunciar a la comodidad infantil y dejar de ser *his majesty the baby*[3]. Si el adolescente renuncia debe protegerse mediante defensas (contracatexis) que le permitan estabilizar el yo, allí es donde adopta una posición hostil hacia sus padres y a las demás instituciones de la infancia como la religión, la escuela, las tradiciones culturales, entre otras.

[3] Expresión que utiliza Freud (1914/1981) en Introducción al Narcisismo.

Por ello, para resolver la contracatexis el adolescente se narcisiza, es decir que la libido regresa al yo con el fin de tener la energía suficiente para volver a catectizar nuevos objetos. De lo contrario, afirma Blos (1981), si no se logra realizar el desplazamiento objetal, se corre el riesgo de caer en la psicosis estructurada por el narcisismo secundario.

El desplazamiento objetal también obedece al hecho de que , el desprendimiento de los figuras primarias, expone al adolescente a una realidad avasalladora que frustra y aniquila la ilusión infantil, que es la percepción de un mundo que no está hecho para satisfacer su deseo, lo cual vivencia como una adversidad de la que no tiene escapatoria; es un destino inapelable. De ahí que el adolescente luego de hacer el desacimiento de las figuras primarias, procede a aferrarse a los pares y a los modelos ideales que ofrece la cultura, en los cuales pone el imaginario de que llenarán el vacío ocasionado por dicha pérdida, es decir, prometen la completud y la unidad, por consiguiente, la individuación implica a la vez un encuentro con un otro.

El adolescente deberá reacomodar sus impulsos frente a las nuevas demandas del mundo externo pues, de allí, deriva el superyo que se instaura en el yo como una instancia que ejerce la ley, la prohibición y la represión, por lo cual, para Blos (1981) un yo que logra mediar bien entre los impulsos del ello, el mundo externo y el superyó, es un yo funcional que consigue adaptarse a la realidad.

Es en esta realidad y en la relación que establece el yo con los demás objetos, donde se dan los procesos identificatorios del adolescente, en el cual el *ideal del yo* cumple una función

importante en cuanto a la constitución de la identidad. Para Blos (1981) el ideal del yo tiene sus raíces en la infancia, puesto que hay una carga libidinal puesta en la figura parental del mismo sexo, de la cual está enamorado el niño; posteriormete, rompe esta homosexualidad transitoria y primaria para proceder a identificarse con dicha figura.

En la adolescencia, el ideal del yo, que es la convergencia entre el narcisismo (idealización del yo) y las identificaciones con las figuras primarias y los ideales colectivos (Freud, 1914/1981), promueve la formación y la estabilización de la identidad sexual. Es en éste punto en donde se evidencia las dos funciones del superyó: tirano y bondadoso, dado que el ideal del yo está sometido al superyo. Esto implica que, si en el adolescente hay sintonía entre las cargas libidinales del yo y las representaciones que tiene de sí mismo, el superyó cumple una función benévola, por lo tanto no hay represión y se genera egosintonía; pero, si no hay sintonía entre éstas, el superyó asume una posición tirana, reprime y castiga al yo, porque hay egodistonía. Por lo tanto, el ideal del yo es el que preserva el narcisismo, facilita la relación con los demás y consolida la mismidad del adolescente.

Así pues, es importante entender que la adolescencia no se reduce a una etapa cronológica, sino que es un proceso de transición que liga la infancia, las transformaciones corporales, el proceso de construcción de nuevos vínculos afectivos como consecuencia del desplazamiento objetal, la re-significación de su lugar en el mundo y el psiquismo; todo lo cual constituye la tarea del adolescente que se puede resumir en consolidar su mismidad.

2. Cuerpo y organismo, una mirada psicoanalítica

Para el psicoanálisis, el organismo no es lo mismo que el cuerpo, dado que el primero se ha enmarcado en el saber médico, mientras que el segundo "[…] adquiere dimensiones de ruptura, en tanto no constituye un dato fenomenológico sobre el cual se construye la anatomía como única objetivación de un saber" (Acosta M. & Restrepo R., 1997, p. 94); en otras palabras, el saber sobre la anatomía es objetivo y universal y el cuerpo habla de la particularidad del sujeto.

En lo que respecta al cuerpo no hay una verdad absoluta, dadas sus connotaciones subjetivas, es decir, está ligado a lo psíquico, sin embargo, hay una interdependencia entre cuerpo (imagen corporal) y organismo (esquema corporal); en palabras de Aulagnier (1986/1991) el "[…] espacio psíquico y somático son indisociables […]" (p. 121), por lo cual no pueden existir el uno sin el otro.

En relación con esta interdependencia, J. D. Nasio (2008) argumenta lo siguiente:

> Cada sensación corporal hace que nos forjemos automáticamente una representación mental de cada una de nuestras sensaciones corporales. Toda impresión intensa se compone, pues, de tres movimientos: la *excitación* física que la provoca, la *representación* mental, tanto de la vivencia corporal como del lugar del cuerpo de donde proviene la excitación y, finalmente, la *investidura libidinal* que depositamos en dicha representación (p. 134).

En este sentido, la excitación física es la estimulación placentera o displacentera que perciben los órganos, la representación mental es la imagen del esquema corporal en el registro psíquico y la investidura libidinal es la carga de afecto que el sujeto pone en la representación del

cuerpo; estos movimientos permiten representar el organismo en la psique del sujeto y, de esta manera, se hace cuerpo.

Para Aulagnier (1986/1991), en el cuerpo como mediador entre la psique y el mundo exterior, confluyen las exigencias del sujeto y de la realidad, y a la vez, es depositario de experiencias placenteras y displacenteras, las cuales son investidas o desinvestidas, según las demandas del deseo. De allí que, a pesar de haber una articulación entre cuerpo y organismo, no significa que haya unidad entre el sujeto y el cuerpo, entre estos existe un *permanente conflicto* (Acosta M. & Restrepo R., 1997), que no sólo acontece durante la transición adolescente, sino que proviene de la infancia, dado que el cuerpo se viene articulando en su representación en el deseo de la madre desde los primeros años de vida e incluso antes de la existencia del sujeto.

En tal sentido, Aulagnier (1986/1991) argumenta que el cuerpo nace del deseo de la madre, quien anhela, imagina y es el primer biógrafo que anticipa el yo del niño. Dicho deseo precede a los cuidados maternos que la madre impartirá al niño después de su nacimiento, de manera que, mediante el soma del niño, la madre podrá leer los signos de displacer que éste manifiesta. Estos cuidados, cuando están cargados con un monto de placer de la madre, erotizan el organismo del niño y a la vez dejan huellas psíquicas en su registro mental; por consiguiente, la madre es quien, mediante las investiduras que pone en el organismo del niño, atribuye el cuerpo pulsional al sujeto. El niño, mediante la adquisición del lenguaje, se fusiona desde lo simbólico, imaginario y real con la madre también portadora de la palabra, esta fusión permanecerá por siempre en la vida del sujeto; las huellas psíquicas señalan en el cuerpo algo que

estuvo allí y que es del orden de la pulsión y no del órgano que, aunque esté satisfecho no asegura la satisfacción pulsional, asunto que origina en el sujeto la condición de ser deseante.

Freud (1915/1981. b) argumenta que el sujeto no puede evadir la pulsión, porque ésta es un estímulo para lo psíquico que está ligada a una representación del cuerpo, de manera que es limítrofe entre lo orgánico y lo psíquico. La pulsión actúa entonces como una fuerza constante que demanda satisfacción, aumenta el estado de tensión del sujeto y lo moviliza hacia la búsqueda de un placer totalizante que logre disminuir dicha tensión. Según Freud (1915/1981. b), los efectos que este proceso produce hacen perceptible la pulsión, caracterizada por: el *esfuerzo*, como cantidad de energía y de trabajo requerido; la *meta*, satisfacción lograda mediante la supresión de tensión de la fuente; el *objeto*, medio por el cual se logra obtener satisfacción, puede ser tanto externo como del propio cuerpo del sujeto; y la *fuente*, que es la representación del órgano en el plano psíquico.

Ahora bien, el cuerpo como fuente libidinal y representante del organismo en el plano psíquico, se articula en el orden simbólico, es decir, en una cadena de representaciones que da origen a un discurso, por tanto, el cuerpo es lenguaje mediante la corporalidad que constituye el sello que cada sujeto imprime a su cuerpo actuado en el mundo externo, lo cual da cuenta de la individualidad de la imagen corporal subjetiva; en efecto, cuando un sujeto habla y se describe a sí mismo, no es el organismo al cual hace referencia, porque éste en tanto real escapa a lo simbólico.

Nasio (2008) afirma que el cuerpo es una imagen del esquema corporal, en este sentido, es el doble o copia, por lo cual no corresponde al organismo; así pues, "[…] cada vez que experimentamos una sensación física, sobre todo si es una sensación vivida y conmovedora, no experimentamos directamente el cuerpo, lo sentimos a través de la representación mental de dicha sensación. Sentir es siempre imaginarse lo que uno siente" (p. 135). En consecuencia, el sujeto inviste y distorsiona el esquema corporal y liga el cuerpo a un afecto que puede ser de amor u odio y que no necesariamente es consciente.

Aulagnier (1986/1991) dice al respecto que, las investiduras que la madre pone en el cuerpo del niño lo inscriben en una historia que nace del deseo materno, puesto que, el cuerpo existe en tanto es deseado por un otro que lo ingrese al reino simbólico y lo sostenga por medio del lenguaje. En consecuencia, el sujeto introyecta la representación de la madre quien es el objeto de dependencia, dicha representación entra al terreno de la subjetividad en donde se construye la imagen corporal, por consiguiente, el cuerpo carga con la impronta de representaciones introyectadas; la imagen corporal no se limita sólo a lo individual, sino que involucra todas las marcas de lo introyectado subjetivamente.

Así pues, para Aulagnier (1986/1991) el cuerpo es un lugar de reencuentro con la representación psíquica que hace del otro y los afectos (positivos y/o negativos) que fueron proporcionados por éste, los cuales constituyen la matriz relacional del sujeto, de manera que dichas representaciones repercutirán en la relación que el adolescente tendrá con su cuerpo y con los objetos sucedáneos de sus figuras primarias.

En este orden de ideas, el cuerpo como construcción simbólica conformado por representaciones psíquicas, posee un trasfondo inconsciente; bien dice Freud (1915/1981. a) que el inconsciente se estructura por representaciones de la pulsión primitivamente reprimidas, es decir, que la represión origina lo psíquico, por tanto, "[…] arrastra consigo elementos de la estructura corporal y orgánica" (Acosta M. & Restrepo R., 1997, p. 95) y se reprimen las representaciones que tienen un monto de displacer que supera la satisfacción lograda, por consiguiente, la represión salvaguarda al yo de aquellas representaciones que amenazan el equilibrio psíquico, de manera que el yo debe hacer un gran esfuerzo para mantener dichas representaciones en el inconsciente, porque entre más alejadas estén de la consciencia, menos energía psíquica requerirá el yo para reprimirlas, por ende, los conflictos internos que se anudan en el cuerpo, se apoyan en éste para escapar del dominio de la represión.

Freud (1915/1981. a), afirma que cuando la represión falla aparece el síntoma, es decir, que la representación reprimida logra atravesar la barrera de la represión y pasa a la consciencia, lo cual genera estados de sufrimiento a lo largo de la vida del sujeto. El síntoma revela lo inconsciente y es la articulación simbólica de un conflicto psíquico, o sea, es el estatuto real del conflicto interno.

El cuerpo "[…] se construye como un fantasma al hacerse cargo de lo que el sujeto padece –lo inconfesable o lo necesario-, para ocultarse y hablar en otra forma con ese alguien […]" (Acosta M. & Restrepo R., 1997, p. 95), de esta manera en el síntoma convergen: la culpa,

dado que el sujeto cedió a su deseo (prohibido por el otro), así sea imaginariamente, y la necesidad de castigo, en tanto el superyó asume una posición tirana.

En el síntoma "[…] se satisfacen, contraponiéndose pero fundiéndose, las apetencias del superyó y del ello. Por eso la ligadura del sentimiento de culpa a cierta sección corporal puede brindar también bastante alivio" (Orozco Guzmán, 2011, p. 20). De alguna forma, la descarga de la tensión a través del síntoma, genera una ganancia, que no necesariamente está a favor del yo, puesto que en éste aumenta el sentimiento de culpa. Es por ello que, cuando el síntoma se anuda en el cuerpo, se da la conversión, los trastornos psicosomáticos y las autolesiones, y a la vez, el cuerpo funciona como un señuelo que atrae la mirada del otro, a causa de esto, el conflicto psíquico queda velado.

No obstante, como ya hemos de saber, la pulsión nunca se agota, esto implica que el síntoma emerja ante las demandas del ello y el superyó, y si en este último "[…] burbujea un cultivo puro de las pulsiones de muerte (Freud, 1923/1999), se avizora la posibilidad de disfrute destructivo, de goce masoquista a través del síntoma en el cuerpo" (Orozco Guzmán, 2011, p. 20), en consecuencia, el ingreso en el reino del lenguaje implica una pérdida de lo real del organismo.

Para el sujeto el cuerpo es un escenario de actuación en el orden real, encadenado a una lógica relacionada con otro que regula el placer, esto es lo simbólico que pone en pérdida lo real, por lo cual, hay una *pérdida en lo real del goce* y *ganancia en lo simbólico* (Acosta M. &

Restrepo R., 1997); en otras palabras, se instaura lo simbólico en cuanto a la representación del conflicto, mediante el esquema corporal que sirve de soporte en lo real a lo simbólico que no puede decir.

Bien decía Freud (1930/1981) que el paso del sujeto gobernado por las pulsiones del ello a ser un sujeto de la cultura, es lo que permite contener y regular las pulsiones de éste mediante los diques morales, por lo tanto, debe movilizarse hacia la obtención de un placer aceptado por el otro. En cambio, cuando el sujeto goza del cuerpo, se genera un "[…] un exceso intolerable de placer, o en el lenguaje del cuerpo, se acerca al dolor y al sufrimiento […] el goce permite la posibilidad de experimentar esa dimensión de lo orgánico que en otras circunstancias de no sufrimiento, permanece velada" (Acosta M. & Restrepo R., 1997, p. 99), es decir, que cuando el sujeto cede al goce, las pulsiones están al servicio de la satisfacción sexual pero no a favor de la conservación del yo; el cuerpo soporta el goce y en cierta medida el dolor se convierte en placentero para el sujeto.

No obstante, cuando el goce se establece como amo, puede llevar al sujeto a la muerte, como sucede por ejemplo en "la psicosis, donde el cuerpo ha desaparecido, o como ocurre en el suicidio, que implica la desaparición de sujeto y cuerpo […]" (Acosta M. & Restrepo R., 1997, p. 99); por tanto, es la búsqueda de un placer totalizador representado por el significante (deseo), lo que permite al sujeto establecer relación con el otro, con los objetos insertos en el lenguaje y, finalmente, le permite adaptarse a realidad.

Con respecto a la transición adolescente, los constantes cambios del organismo que evidencian el desarrollo hormonal, implican un trabajo que se torna difícil y conflictivo, porque el adolescente requiere descatectizar el cuerpo infantil para recatectizar nuevos objetos del organismo. Esto genera que tenga que resignificar su esquema corporal y reacomodar sus condiciones internas y externas.

Este nuevo cuerpo, ahora está sometido y ligado a la mirada del otro, por lo tanto, el adolescente debe buscar el equilibrio entre: el yo psíquico, la mirada del otro y la cultura. En este sentido, debe construir un cuerpo relacional que le permita establecer nuevos vínculos sociales con sus pares, dado que, el adolescente tiene el imaginario de que el otro puede proporcionar lo que le hace falta.

Uno de los temores que ocurren generalmente durante la adolescencia, está relacionado con la pérdida de control del cuerpo, el cual puede ser visto por algunos adolescentes como un *enemigo a vencer* y también como un *objeto transformable* (Orozco Guzmán, 2011), este hecho, genera que el cuerpo sea tratado como un otro, el cual puede ser maltratado o manipulado, porque no responde al deseo del sujeto. En este sentido, es evidente observar en varios adolescentes muchos complejos relacionados con el cuerpo, incluso incurren en actuaciones para ejercer control sobre sí mismos y demarcar su espacio somático en relación con el otro, como si anhelaran posicionarse en el rol de amo de su cuerpo.

De acuerdo con esta lógica, Orozco (2011) argumenta que los adolescentes "[…] que someten su cuerpo a escarificaciones o sacrificios dietéticos es una obstinada voluntad de dominio" (p. 21), porque intentan desesperadamente controlar lo real del cuerpo, como si estuvieran exorcizando al cuerpo subjetivo. Pero este hecho revela la dificultad del adolescente de apropiarse del nuevo cuerpo y re-construir su imagen corporal alterada por los cambios hormonales.

Aberastury (1970) añade que si el adolescente acepta su propio cuerpo, le es más fácil aceptar el cuerpo del otro, pero para lograrlo, el adolescente debe descatectizar las figuras primarias para recuperar las cargas libidinales que puso en éstas durante la infancia, con el fin de que el yo sea narcisizado, pueda recatectizar su nuevo cuerpo hormonado, lo acepte y realice desplazamientos objetales, es decir, relacionarse con otros cuerpos; de lo contrario, si el adolescente no logra recuperar sus cargas narcisistas, esto puede verse reflejado en el cuerpo, la relación con éste estaría marcada por conflictos cargados con un gran monto de hostilidad, de ahí que el cuerpo subjetivo puede ser despreciado, maltratado o desvalorado.

De acuerdo con Aulagnier (1986/1991), el cuerpo pasa a "[…] convertirse en representante del otro y en testigo de su poder para modificar la realidad, cada vez que la relación entre el sujeto y el otro se torne demasiado conflictiva y dolorosa" (p. 135); por ello es un portador de conflictos psíquicos, más aún en la adolescencia, en donde el adolescente desea desesperadamente una solución totalizante frente a todas las modificaciones internas y externas, de las cuales no tiene control alguno, hecho que lo impulsa rápidamente a "[…] elaborar defensas

contra los cambios incontrolables internos y de su cuerpo" (Aberastury, 1970, p. 23). Las defensas que construye el adolescente le permitirán estabilizarse respecto al principio de realidad, el cual siempre le mostrará al sujeto que no hay placer totalizante, ni objeto que pueda reponer el objeto perdido producto de la ruptura de la simbiosis, que marca y predetermina la condición de fragilidad, falta e incompletud del sujeto. Es por ello que la tristeza o la "depre", como los mismos adolescentes la identifican, se convierte en una emoción insoportable que reafirma dichas condiciones.

Para el adolescente, el cuerpo se convierte entonces en el escenario de la actuación, el cual tiene que controlar para ejercer dominio de sus pensamientos, sus emociones y la realidad, debido a que los conflictos que no se lograron elaborar en la infancia, se reproducen en el cuerpo del adolescente y en su relación con el otro. Por esta razón, para algunos adolescentes, los cortes en la piel son un recurso que les permite evadir sus conflictos internos y relacionales, justifican dicha actuación diciendo: "es *preferible soportar el dolor físico, que el dolor emocional".*

3. Los cortes en la piel y sus sentidos

Hemos observado, que el sujeto durante todos los momentos de la vida debe afrontar la adversidad, en razón de que la realidad irrumpe para amenazar el ideal de homeostasis e imposibilita la obtención de un placer totalizante. En consecuencia, el yo debe construir defensas adaptativas que le facilite equilibrar las pulsiones con respecto a los tres amos: el ello, la realidad y el superyó.

Ahora bien, cuando algunos adolescentes se cortan intentando velar el dolor emocional con el dolor físico, porque de esta forma les resulta más tolerable y llevadero, nos dan a entender que implementan esta práctica como si fuera una defensa que los protege de la angustia y tapona dicho dolor emocional, de manera que, fantasean con el hecho de fortalecerse y creen evadir su condición frágil; sin embargo, ocurre todo lo contrario, los cortes los vulnera y los debilita. Como bien se ha tratado, los desequilibrios del adolescente lo empujan a implementar defensas que pueden confundirse con patologías propiamente dichas, pero un sujeto no puede adaptarse a la realidad sin antes experimentar desequilibrios psíquicos.

Para Blos (1981), el yo del adolescente ante los momentos críticos “[…] recurre a medidas de emergencia dirigidas principalmente hacia la protección de su función básica: el mantenimiento de la cohesión psíquica y el contacto con la realidad […] para prevenir el trauma o la desintegración” (pp. 250-251). Esto hace del adolescente un sujeto con baja tolerancia a la tensión, pues el yo todavía se encuentra inmaduro a diferencia del esquema corporal, de ahí que los desequilibrios psíquicos ponen a prueba los mecanismos de estabilización, los cuales

dependen de la historia, la experiencia del sujeto, la relación con el otro (figuras primarias, instituciones y pares) y los medios que ofrece la cultura para suprimir dicha tensión. Por ello, no se pueden generalizar los cortes de los adolescentes, porque como síntoma apuntan a la particularidad del sujeto.

Ahora bien, se podría pensar que existe una predisposición en la estructura del adolescente que lo hace más proclive a utilizar los cortes como defensas, pues, en este sentido se observa un yo con pocas cargas narcisistas, es decir, un yo débil y frágil. Respecto a lo anterior, Blos (1981) señala que esto ocurre cuando el adolescente no ha logrado retirar las cargas catécticas de los objetos de la infancia, por ende, su narcisismo es lastimado, hay una infravaloración del ser en relación con el otro que posee la omnipotencia.

La defensa está cargada con un monto de agresividad que en primera instancia está dirigida hacia el otro imaginario, esta hostilidad está anticipada en la historia del sujeto, pues el origen se encuentra en la relación ambivalente e imaginaria que el niño estableció con los objetos de amor primarios, relación que reaparece del fondo de memoria en la adolescencia y que el sujeto puede tomar a conveniencia o en contra de sí mismo o del otro (Aulagnier, 1991). El adolescente, por lo tanto, confunde las representaciones de los padres de la infancia con los padres actuales (Blos, 1981), por eso, las demandas del adolescente hacia los padres actuales no corresponden con la realidad, porque muchos de los recuerdos que conserva de sus padres están atravesados por lo imaginario.

Sumado a esto, Aberastury (1970) argumenta que ante la constante presión de los padres y de las demás instituciones de formación, el adolescente la siente como una trampa de la cual debe escapar, aspecto que también lo empuja a "[…] exteriorizar sus conflictos de acuerdo con su estructura y sus experiencias" (Knobel, 1970, p. 42), de esta manera, los cortes encarnan en el cuerpo los conflictos psíquicos del adolescente.

De acuerdo con Knobel (1970), el adolescente tiene la necesidad de pasar del pensamiento a la acción para poder ejercer control de sus impulsos internos; tiene el anhelo de poseer la omnipotencia, la cual obtendrá si logra quitársela a las instituciones de la infancia para proceder a narcisizar al yo. Pero, cuando el adolescente no logra retirar en su totalidad las catexias de dichas instituciones, se privilegian los impulsos del ello que tienen un monto de agresión dirigida hacia el otro que no cede al deseo del yo; se podría decir en pocas palabras que el adolescente quiere matar al padre para liberarse de su ley tirana y porque no cumplió con la promesa edípica, además, también necesita desligarse de la madre porque requiere encontrar otro objeto de amor que no esté marcado por el horror al incesto.

Sin embargo, estos afectos son inconscientes, en razón de que para la consciencia no hay cabida para éstas ideas relacionadas con los padres, por lo cual, permanecen veladas por el manto de la represión; no obstante, dice Freud que (1911/1981) la pulsión puede ser devuelta hacia el sujeto con la misma magnitud que iba dirigida hacia el otro, de hecho, se hace notable observar en los adolescentes que se cortan fuertes sentimientos de culpa, insuficiencia y rechazo de sí mismos. El superyó adopta entonces una posición tiránica, como la del padre, que puede castigar

al yo por haber transgredido o al menos, haber pensado o imaginado dicha transgresión de la ley, puesto que para lo inconsciente el pensamiento también es un acto.

3.1. Recurso al acto

Es importante aclarar que los cortes a los cuales se hace referencia, no tienen intención suicida, en razón de que ésta se caracteriza por la ejecución de actos que conllevan a causar la muerte. S. Freud (1917/1981) argumenta que debe haber cierta premorbidez en la estructura de un sujeto para cometer un acto suicida, incluso lo asocia con la melancolía, o como se denomina en la actualidad, la depresión, puesto que en este estado la muerte es la finalidad.

El suicidio ocurre cuando el sujeto no logra elaborar el duelo generado por la pérdida del objeto real, debido a que las investiduras que estaban puestas en dicho objeto se retractan hacia el yo, por lo cual el yo adopta todas las características del objeto y se aliena con éste, por ende, cuando el objeto se pierde, el sujeto también desaparece con éste. Freud (1914/1981) denominó que el proceso de retracción libidinal es propiamente del *narcisismo secundario*, característico de la estructura psicótica, por lo tanto, para Freud (1917/1981) la melancolía es una de las formas de la psicosis, en razón de que el melancólico rompe su vínculo con el mundo externo.

La retracción de la libido implica que el yo queda cubierto por la sombra del objeto, en consecuencia, se trata a sí mismo como tal y la hostilidad dirigida hacia éste, por el hecho de haber abandonado, retorna hacia el propio yo. La presencia psíquica del objeto triunfa porque es

más poderosa que el yo, lo cual hace proclive el paso al acto, que está cargado con una intención mortífera tanto consciente como inconsciente, por ende, para Freud (1917/1981) todo suicidio es un homicidio, porque el sujeto pretende matar la representación del objeto encarnada en su cuerpo.

Hasta cierto punto, durante la transición adolescente se experimentan duelos ocasionados por la pérdida de los objetos infantiles, lo cual genera en el adolescente episodios de afecto depresivo, debido a que no se han retirado las cargas catécticas de las presencias psíquicas, en consecuencia, el yo está lastimado, con pocas cargas libidinales y con la necesidad de ligarse a cualquier figura que prometa restaurar y sea soporte del yo, en consecuencia, el otro puede ser sobreinvestido por el adolescente.

La pérdida de estos objetos primarios, de acuerdo con Freud (1917/1981), ocasionan en el sujeto una sensación de vacío y abandono, por ello la libido no se liga fácilmente a otros objetos dado que el adolescente suele aislarse y refugiarse en su mundo interno; no obstante, no tiene otra alternativa que poner el deseo en otro objeto para equilibrar de nuevo al yo, de lo contrario, corre el riesgo de caer en el narcisismo secundario. Por ende, mediante el desplazamiento objetal, se logran elaborar dichos duelos, de ahí que la fusión o alienación con el objeto, diferencia la melancolía del episodio depresivo.

Sin embargo, la falta o ausencia de cargas narcisistas del yo, conllevan al adolescente a reparar su yo lesionado mediante objetos que permiten, imaginariamente, descargar la tensión

insatisfactoria y reparar dicho vacío, de ahí que las actuaciones del adolescente se asocien con conductas que los ponen en riesgo, pues el cuerpo es el vehículo que permite la consecución del placer y, por ende, las actuaciones corporales puestas en el afuera están cargadas contenidos internos que desbordan la capacidad contenedora del yo del adolescente, debido a su necesidad de satisfacer totalmente sus demandas pulsionales.

Frente al empobrecimiento yoico, el adolescente tiende a exaltar sus estados afectivos, de forma que, el sufrimiento percibido y proyectado al exterior, es vivenciado y expresado como si estuviera atravesando por un evento catastrófico, el cual no se equipara con la realidad. Blos (1981) señala que esta creación de estados autoinducidos, hacen del adolescente un ser dramático, que actúa y pone todos los contenidos internos en los escenarios que ofrece la cultura.

En consecuencia, las actuaciones de los adolescentes tienden a confundirse con síntomas propios de psicopatologías, porque poseen una carga tanática que desborda al yo, esto se debe a que:

> […] la compulsión a atacar o atacarse parece ser el producto de un inadecuado manejo de la función perceptiva del yo y de la del control de la motricidad (al servicio de la autoconservación) por el uso imperfecto de defensas cuya finalidad debería normalmente ser la de luchar contra la angustia para que ésta no inunde al yo, permitiéndole funcionar libremente (Aberastury, y otros, 1970, p. 130)

La pulsión tanática, o pulsión de muerte, busca reducir completamente la tensión del sujeto, en tal sentido, Freud (1920/1981) afirma que toda pulsión es pulsión de muerte, dado que ésta pretende ir más allá de la consecución del placer, tiende llevar al sujeto a un estado

inorgánico, es decir, la muerte. Por tanto, la pulsión de muerte se puede manifestar de dos formas, hacia el interior del sujeto mediante la autodestrucción, y hacia el exterior a través de la pulsión agresiva o destructiva.

En el caso de los cortes, se percibe que la pulsión tanática va dirigida hacia el propio yo del adolescente ante la imposibilidad de ponerla en el verdadero objeto de su hostilidad; el corte por lo tanto es un recurso al acto, es decir, que el adolescente juega con la muerte a través de sus actuaciones y, de cierta forma, logra liberar un poco de tensión mediante el corte en la piel, pues así cree que logra evadir la ansiedad amenazante que le invade y que proviene del otro.

El adolescente que se corta no posee los recursos narcisistas suficientes que le faciliten soportar la tensión y contener el desbordamiento tanático, de hecho, generalmente los adolescentes suelen cortarse después de una situación insatisfactoria, por ejemplo, una discusión familiar, el fracaso de relaciones amorosas, sentimientos de soledad y abandono, la no consecución de méritos, decepción y rechazo de la imagen corporal, entre otros. En síntesis, el corte está relacionado con un otro y se convierte en un síntoma cargado de significación que marca y comunica un mensaje velado que logra subordinar las palabras del adolescente.

3.2. El vínculo social

El sufrimiento le permite a un ser humano comunicarse con otro, pues desde los primeros meses de vida, la expresión de dolor del niño generará una reacción en la madre y, dependiendo

de la forma como ésta lea y responda ante dicha dolencia, determinará la relación que tendrá el sujeto con el sufrimiento de su cuerpo, quien podrá "[…] reparar, sobreproteger o, a la inversa, odiar, castigar con un sufrimiento que se le impondrá o que se exacerbará, o incluso al que uno quiere sencillamente ignorar, tomando así por cuenta propia la sordera materna" (Aulagnier, 1986/1991, p. 159). Tanto el dolor como el placer, tienen su historia en el cuerpo, están representados en el psiquismo y tienen relación directa con un otro, aunque también pueden ser autoegendrados por el psiquismo, porque no necesariamente debe haber un estímulo externo que genera dicha sensación, según Blos (1981) muchas dolencias del adolescente son autoinfundadas y exaltadas.

Así pues, el sufrimiento del adolescente es un llamado de auxilio que puede ser interpretado por un otro, debido a que la imagen corporal que actúa en el afuera, contiene una carga simbólica y subjetiva, que pone en evidencia el conflicto psíquico. El adolescente que se corta, revela a través de su actuación vulnerabilidad psíquica y emocional, debido a que no ha logrado retirar las catexis puestas en los objetos infantiles, por lo cual no ha consolidado su mismidad, porque sigue ligado al discurso de las figuras primarias. En consecuencia, el yo es infravalorado y débil para equilibrar las demandas del ello, la realidad y el superyó. El adolescente busca "Un lugar en el cuerpo para lo indecible" (Orozco Guzmán, 2011, p. 15), mediante éste anuncia el conflicto psíquico que tiene en relación con el otro y consigo mismo.

De cierta manera, este llamado que hace el adolescente mediante los cortes, obedece al imaginario de que "[…] no es él quien cambia, quien abandona su cuerpo y su rol infantil, sino

que son sus padres y la sociedad los que se niegan a seguir funcionando como padres infantiles que tienen con él actitudes de cuidado y protección ilimitados" (Knobel, 1970, p. 95). Por ende, el sentimiento de abandono e invisibilidad exaltan en el adolescente su condición frágil, quien todavía no se siente preparado para enfrentar el mundo porque requiere de soportes para afrontar la adversidad que trae consigo la realidad.

En consecuencia, el síntoma anudado en el cuerpo devela un mensaje, que el adolescente empieza a exhibir y ocultar, como si fuera un señuelo que atrae la mirada de ese otro, de hecho, la actuación no se hace evidente por el corte como tal, sino por la forma en cómo el adolescente intenta ocultarlo, estos intentos se vuelven entonces exagerados y visibles en el aislamiento, un discurso pobre y pesimista, el uso de ropas que oculten los cortes y una percepción negativa de sí mismos. Es como si estuvieran haciendo un llamado a las figuras parentales reales y de cierta forma, el adolescente está haciendo una demanda de amor a aquellos que durante la infancia fueron sus soportes y todavía poseen las cargas catécticas del yo.

El adolescente hace uso de su matriz relacional para buscar en el medio posibles sucedáneos de las figuras parentales, "[…] cuando hablamos de amor, inmediatamente deriva al tema del objeto […] la búsqueda del objeto estará intensamente marcada por la relación al objeto primordial […]" (Ortega, 2000, p. 57), es por ello que los pares son sobrecatectizados y sobre investidos por el adolescente, porque cree que estos pueden reparar la incompletud y la falta estructural. Sin embargo, dichos sustitutos nunca van a satisfacer en su totalidad la demanda de amor del adolescente.

Por consiguiente, el adolescente implementa el corte como una forma de construir vínculo social, incluso, "[…] consiguen hacer lazo social entre ellos poniendo al cuerpo sacrificado como mediación identificatoria […] El cuerpo torturado se expone en imágenes que permiten religarse a los otros que padecen y parecen lo mismo: un dolor incomprensible, un sufrimiento incomunicable" (Orozco Guzmán, 2011, p. 28), la mirada del otro para el adolescente posee una connotación reivindicatoria y reparadora.

Respecto a lo anterior, Blos (1981) señala que:

> El mecanismo de estabilización restitutivo puede ser observado, por ejemplo, en las indetificaciones transitorias de la adolescencia en sí […] la necesidad del adolescente de pertenecer a grupos, como expresión de hambre social, tiene características de proceso restitutivo. Al obtener acceso a una vida externa completa y excitante, el adolescente contrarresta sus insufribles sentimientos de vacío, aislamiento y soledad (p. 264)

No obstante, el conflicto del adolescente que se corta no se resuelve necesariamente mediante la vinculación con el mundo externo, en razón de que el origen del problema radica en su mundo interno.

De hecho, busca al otro para que se ocupe de sí, pone en éste el imaginario de que puede proporcionar la homeostasis, de cierta forma encuentra recompensa en la medida de que le proporcione los suministros narcisistas que necesita, es decir que requiere de soportes para autoreconocerse, los afectos dirigidos hacia su yo depende de los afectos que provengan desde

afuera. Lo cual da cuenta de que los recursos narcisistas o yoicos, son pobres, porque no logran fortalecer al yo y propender la autonomía.

Esto implica que ante cualquier alteración que provenga desde afuera y que amenace el ideal de homeostasis, destruye la mismidad del adolescente, porque no tiene como defenderla. Esto genera de nuevo otras crisis, porque requiere del otro para resolver los conflictos, pues la falta de autonomía implica la poca capacidad para llevarlo por sí mismo, esto impulsa a que el síntoma tenga un carácter repetitivo, pues el adolescente siente la necesidad de cortarse frente a situaciones adversas y, aunque algunos conscientemente creen que aquella actuación les genera más daño, continúan teniendo el impulso de cortarse.

En este sentido, Blos (1981) señala que "[…] en la adolescencia, el pensamiento es constantemente interferido por la propensión a la acción y al acting out (actuación) […]" (p. 185), pues, un yo relativamente débil no puede contener las pulsiones del ello, en este caso, el adolescente requiere fortalecer su yo para poder consolidar su mismidad y elaborar los conflictos internos, de lo contrario, se cristalizarían y el yo sería *malogrado* (Blos, 1981), por lo cual el síntoma continuaría repitiéndose a lo largo de la vida del sujeto.

Se podría considerar entonces que el ideal del yo no logra preservar el narcisismo del adolescente, puesto que hay cargas egodistónicas, lo cual implica que no hay convergencia entre la idealización del yo, la idealización de sí mismo y las identificaciones. Además, sigue sometido

a viva voz del yo ideal, lo que conlleva al adolescente a depender netamente de la influencia crítica de los padres de la infancia, educadores y otros que encarnan un superyó cultural.

El sujeto posiciona al otro en el lugar de amo, queda sometido a su deseo, por ello, el adolescente está en función del deseo del otro, la angustia es producida entonces por el temor a no cumplir las expectativas del otro, "[…] vive la exigencia del mundo exterior como una invasión a su propia personalidad" (Aberastury, 1970, p. 159), la victoria del adolescente frente a la lucha interna, consistirá en desprenderse y atravesar el fantasma, para establecer su propio deseo.

3.3. Un acto heroico

"Con el declinar de la vida se enfrenta uno con este cuerpo que confronta con la muerte, como si fuera otro inmanejable" (Orozco Guzmán, 2011, p. 23), asunto que toca al adolescente, quien lucha constantemente con dicho cuerpo en un intento desesperado de imponerse ante éste, pues, cree que esta es una de las formas para lograr la omnipotencia.

Por ello, siendo el cuerpo una representación en la cual está marcado e introyectado el discurso del otro, se convierte pues en un enemigo a vencer para el adolescente, quien utiliza entonces prácticas que le permiten "[…] prevenir y expulsar el mal" (Orozco Guzmán, 2011, p. 25), así sea martirizando su propio cuerpo. El adolescente se muestra, aparentemente, tolerante

frente al dolor, evitando de esta forma los episodios de afecto depresivo, es más, se siente omnipotente en la medida que soporte el daño físico y niegue la debilidad.

Así pues, Blos (1981) señala que:

> El temor a la pasividad, en términos de receptividad y sumisión infantil es igualmente fuerte en ambos sexos. La fusión de la pasividad, con aspectos de femineidad, por supuesto se torna un anatema para el joven, para quien la acción y la autoafirmación frecuentemente sirven como negaciones de pasividad (p. 266)

El adolescente mediante la actuación del corte, se defiende agresivamente contra la amenaza proveniente del otro, de esta forma demarca su espacio corporal y evade el conflicto interno que se oculta tras su tristeza visible.

Dice Orozco (2011), que la "[…] violencia contra el cuerpo abre un pasaje de restitución intensamente poderosa y dominante de un padre destituido de su lugar de significancia simbólica. Es la violencia que ejercería una especie de padre-amo sobre un cuerpo indócil" (p. 26); la conquista por el cuerpo marca la vía para someter al otro imaginario, el adolescente fantasea con derrocar el lugar del padre tiránico y tomar el poder que éste posee.

Estas actuaciones masoquistas, de fondo tienen un carácter sádico, puesto que la agresión va dirigida hacia ese otro que prohíbe las pulsiones del ello, por tanto, es un proceso meramente inconsciente, lo que aparece en la consciencia es el sentimiento de tristeza, culpa e inferioridad del yo respecto a su propia idealización. Pero en realidad, al que se intenta castigar es al otro

introyectado en el cuerpo, Nasio (2008) alude que el fantasma, aparece entre nosotros y los objetos, de manera que vela y deforma la percepción de los objetos, incluso de nuestro propio cuerpo, porque el fantasma es el filtro de la percepción. Por lo cual, cuando el adolescente que se corta se observa a sí mismo, no tiene sentimientos de identidad, por el contrario, se desconoce y es indiferente con el dolor que se proporciona.

Por ende, el adolescente sigue creyendo que si derroca el fantasma logrará obtener la omnipotencia que posee el padre, la cual responde a la capacidad para solucionar sus propios problemas, subyugar a otros y tener el poder sobre ellos. El fantasma soporta entonces el deseo del sujeto. No obstante, es una falsa omnipotencia, porque el adolescente sigue depositando dicha omnipotencia en el otro, en consecuencia, mediante su actuación sigue demandando suministros narcisistas porque la falta es estructural del sujeto.

Si el adolescente logra atravesar el fantasma y, por consiguiente, deja de cortarse, las cicatrices corporales producto de la guerra, son las marcas reales del conflicto interno del cual resultó victorioso, dichas marcas cargan una historia de dolor y sufrimiento; en consecuencia, el adolescente podrá autoploclamarse a sí mismo como un héroe que sobrevivió a sus impulsos tanáticos, debido a que enfrentó la muerte, hecho que le permite identificarse como una figura heroica frente a sus pares.

4. Conclusiones

Los anteriores elementos teóricos permitieron elaborar un discurso que da respuesta a la pregunta problema de la presente monografía, ¿cuáles son los sentidos de los cortes en la piel en adolescentes?, el cual se resume en las siguientes conclusiones:

- La debilidad yoica del adolescente, lo impulsa a exagerar sus actuaciones, de manera que el adolescente percibe y proyecta al exterior asuntos que no se equiparan con la realidad sino con todo su psiquismo.

- La subjetividad del adolescente tiene que ver con su fondo de memoria, por ello, cuando se habla de adolescencia es necesario remitirse a la infancia, porque desde allí provienen todos los problemas que eclosionan durante la transición adolescente, los cuales están relacionados con los conflictos que no se resolvieron en la infancia. En el fondo de memoria están las representaciones de las figuras primarias que dan origen a la matriz relacional, de ésta depende el resto de relaciones que el sujeto construye con los objetos sucedáneos, a los cuales también hará demandas de amor.

- Siendo el cuerpo una construcción simbólica, implica que es un lugar de encuentro con el discurso del otro, el cual en primera instancia es introyectado, por ello, el cuerpo le resulta extraño al adolescente, quien lo perciben como si fuera otro diferente a sí, por ende, se libra una batalla interna con este otro, en un intento desesperado de ejercer dominio sobre dicho cuerpo y expulsar el discurso ajeno.

- Cuando un adolescente se corta, podemos constatar que sus recursos narcisistas son pobres, por lo cual no puede autoafirmar su mismidad debido a que requiere de otro que lo sostenga mediante su discurso, en consecuencia, entre más suministros narcisistas menos recursos. Esto se debe a que no ha logrado retirar totalmente las catexias de los objetos de la infancia, aspecto que genera que su yo esté lesionado y efectúe defensas o contracatexis para protegerlo, de ahí que el corte sea usado como un mecanismo estabilizador del adolescente.

- El proceso de contracatexis responde a la necesidad del adolescente de recobrar su narcisismo para poder realizar desplazamiento objetales, o sea, que la necesidad del vínculo social prima en la adolescencia, por esta razón, el corte también les permite establecer vínculo social, puesto que el cuerpo pasa de ser autoerógeno a relacional, el cuerpo como portador de la palabra es el medio por el cual el adolescente pone la subjetividad en sus actuaciones.

- Los pares del adolescente son, por lo tanto, sucedáneos de las figuras primarias, en ellos pone investiduras cargadas con el imaginario de que pueden resolver la fragmentación y la incompletud. El cuerpo se convierte entonces en el anzuelo que atrae la mirada del otro y el corte cumple entonces una función ambivalente, demanda de amor y liberador de angustia generada por el otro.

- La actuación contiene una carga tanática que rige el deseo del sujeto, que pretende ir más allá del principio del placer, a un estado inorgánico, o sea, la muerte. En esta medida, el goce se instaura para gozar del cuerpo, las pulsiones del ello cobran fuerza en razón del estado débil del yo, pero el superyó ejerce represión, por lo tanto, en el síntoma del corte el adolescente goza a través de su cuerpo subjetivo, pero sobre este recae el sentimiento de culpa generado por el superyó.

- El adolescente mediante los cortes se erige como un héroe, puesto que cree controlar sus emociones y su realidad, al mismo tiempo se siente reconocido por los pares, por ello, se ofrece como un ideal.

Bibliografía

Aberastury, A. (1970). El adolescente y el mundo actual. En A. Aberastury, & M. Knobel, *La Adolescencia Normal* (pp. 157-162). Buenos Aires: Paidós.

Aberastury, A. (1970). El adolescente y la libertad. En A. Aberastury, & M. Knobel, *La Adolescencia Normal* (pp. 15-34). Buenos Aires: Paidós.

Aberastury, A., Dornbusch, A., Goldestein, N., Knobel, M., Rosenthal, G., & Salas, E. (1970). Adolescencia y psicopatía con especial referencia a las defensas. En A. Aberastury, & M. Knobel, *La adolescencia Normal* (pp. 127-141). Buenos Aires: Paidós.

Acosta M., H., & Restrepo R., M. d. (junio/agosto de 1997). Acerca del cuerpo. *Revista de la Facultad de Ciencias Sociales y Humanas, 1*(1), pp. 91-100.

Aulagnier, P. (1986/1991). Nacimiento de un cuerpo, origen de una historia. En L. Hornstein, P. Aulagnier, M. Pelento, A. Green, M. Rother de Hornstein, H. Bianchi, . . . E. Friszman Bosoer, *Cuerpo, Historia, Interpretación* (Primera ed., pp. 117-170). Buenos Aires: Paidós.

Aulagnier, P. (1991). Construi(se) un pasado. *Revista Psicoanalítica de Buenos aires, XIII*(3), pp. 441-468.

Balbuena, A., Batle Vila, S., López, J., Martín, L. M., Mollà, L., Nàdia, S., . . . Treen, D. (2015). Autolesiones no suicidas en adolescentes: revisión de los tratamientos psicológicos. *Revista de Psicopatología y Psicología Clínica, 20*(1), pp. 51-61. doi:10.5944/rppc.vol.1.num.1.2015.14408

Blos, P. (1981). *Psicoanálisis de la Adolescencia* (Tercera ed.). México D. F.: Editorial Joaquín Mortiz S. A.

Dolto, F. (1990). *La Causa de los Adolescentes* (Primera ed.). Barcelona: Seix Barral.

Freud, S. (1905/1981). Tres ensayos para una teoría sexual. En *Obras Completas de Sigmund Freud Tomo II* (Cuarta ed., pp. 1169-1237). Madrid: Biblioteca Nueva.

Freud, S. (1909/1981). La novela familiar del neurótico. En *Obras Completas de Sigmund Freud Tomo II* (Cuarta ed., pp. 1361-1363). Madrid: Biblioteca Nueva.

Freud, S. (1911/1981). Los dos principios del funcionamiento mental. En *Obras Completas de Sigmund Freud Tomo II* (Cuarta ed., pp. 1638-1642). Madrid: Biblioteca Nueva.

Freud, S. (1914/1981). Introducción al narcisismo. En *Obras Completas de Sigmund Freud Tomo II* (Cuarta ed., pp. 2017-2033). Madrid: Biblioteca Nueva.

Freud, S. (1915/1981. a). La represión. En *Obras Completas de Sigmund Freud Tomo II* (Cuarta ed., pp. 2053-2060). Madrid: Biblioteca Nueva.

Freud, S. (1915/1981. b). Los instintos y sus destinos. En *Obras Completas de Sigmund Freud Tomo II* (Cuarta ed., pp. 2039-2052). Madrid: Biblioteca Nueva.

Freud, S. (1917/1981). Duelo y melancolía. En *Obras Completas de Sigmund Freud Tomo II* (Cuarta ed., pp. 2091-2100). Madrid: Biblioteca Nueva.

Freud, S. (1920/1981). Más allá del principio del placer. En *Obras Completas de Sigmund Freud Tomo III* (Cuarta ed., pp. 2507-2541). Madrid: Biblioteca Nueva.

Freud, S. (1930/1981). El malestar en la cultura. En *Obras Completas de Sigmund Freud Tomo II* (Cuarta ed., pp. 3017-3067). Madrid: Biblioteca Nueva.

Igor, M., Jerez, S., Montenegro, A., Montes, C., Silva, H., & Villarroel, J. (2013). Conductas autolesivas no suicidas en la práctica clínica. primera parte: conceptualización y

diagnóstico. *Revista Chilena de Neuropsiquiatría, 51*(1), pp. 38-45. doi:http://dx.doi.org/10.4067/S0717-92272013000100006.

Knobel, M. (1970). El síndrome de la adolescencia normal. En A. Aberastury, & M. Knobel, *La Adolescencia Normal* (pp. 35-109). Buenos Aires: Paidós.

Manca, M. (2011). Agresiones al cuerpo en la adolescencia: ¿redefinición de los límites del cuerpo o desafío evolutivo? *Revista de Psicoanálisis, 23*(1), pp. 77-88. Recuperado el 29 de 04 de 2017, de http://www.apdeba.org/wp-content/uploads/manca.pdf

Nasio, J. D. (2008). *Mi Cuerpo y sus Imágenes.* Buenos Aires: Paidós.

Orozco Guzmán, M. (2011). Del síntoma en el cuerpo al cuerpo como síntoma. (U. d. Antioquia, Ed.) *Affectio Societatis, 8*(15), pp. 13-30.

Ortega, A. (2000). Problemática del amor. Inicio de las relaciones sexuales. En S. M. Firpoi, A. Lasalle, A. Ortega, N. Díaz, C. Prates, & J. Sansarricq, *Clínica Psicoanalítica con Adolescentes* (pp. 47-91). Rosario: Homo Sapiens Ediciones.